

Un curioso error en la historia de la traducción

Valentín García Yebra
Real Academia de la Lengua

En su epístola a Pamaquio sobre la mejor manera de traducir (*Ad Pammachium de optimo genere interpretandi*) expone san Jerónimo su credo profesional en materia de traducción con estas palabras, tan características de su vigoroso estilo: "Ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor me in interpretatione Graecorum, absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu". Por si el latín de san Jerónimo, que él solía llamar *lingua nostra*, no le resulta familiar a alguno de mis oyentes, traduzco: "Pues yo no sólo confieso, sino que abiertamente proclamo que, al traducir a los griegos fuera de las sagradas Escrituras, donde hasta el orden de las palabras es un misterio, no expreso palabra por palabra, sino sentido por sentido".

Esta afirmación, escrita hace casi exactamente mil seiscientos años, el 394 d. de C., compendia un vigoroso manifiesto contra la traducción servil o apegada a la letra; manifiesto que han hecho suyo, expresa o tácitamente, la inmensa mayoría de los traductores que lo han conocido. Y no sólo contiene el rechazo de la traducción palabra por palabra, sino también el embrión de una tipología textual orientada a la traducción, tan en boga durante los dos últimos decenios, sobre todo en Alemania, entre autores como Gniffke-Hubrig, Henschelmann, Pörksen, Sitta, Spillner, Katarina Reiss, etc.

Conviene aclarar que, al referirse a los griegos, no está pensando Jerónimo en los clásicos paganos, a cuya lectura había renunciado años atrás incluso con juramento, como veremos luego, sino a los autores cristianos que habían escrito en aquella lengua.

Por otra parte, no pretende ser el primero en abrir esta ruta de libertad para los traductores. Se considera seguidor en esto de los grandes

maestros latinos, ante todo de Cicerón, *qui Protagoram Platonis et Oeconomicum Xenophontis, et Aeschinis et Demosthenis duas contra se orationes pulcherrimas transtulit* ("que trasladó el Protágoras de Platón y el Económico de Jenofonte, y dos bellísimos discursos de Esquines y Demóstenes, que se combaten mutuamente").

Expone a continuación las manifestaciones de Tulio sobre su personal manera de pasar al latín las obras griegas, y añade seguidamente, como segundo fundamento de su propia actitud, el testimonio de Horacio, a quien califica de varón ingenioso y docto (*vir acutus et doctus*). También Horacio, en su Arte poética -afirma Jerónimo- "da este mismo precepto al cultivado intérprete" (*hoc idem erudito interpreti praecipit*). El supuesto precepto horaciano está en el verso 133 s. de la Epístola a los Pisones:

nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres,...

San Jerónimo entendió estas palabras como si tuvieran el mismo sentido que las de Cicerón en el prólogo a su versión de los dos discursos citados; *In quibus non pro verbo verbum necesse habui reddere* ("en los cuales no consideré necesario verter palabra por palabra"), "No trates de verter, escrupuloso/ intérprete, palabra por palabra", tradujo Daniel Ruiz Bueno¹ el verso de Horacio.

En un artículo publicado hace ya más de doce años con el título interrogante "¿Cicerón y Horacio preceptistas de la traducción?"², intenté demostrar que ni al orador ni al poeta les corresponde este título. De las dieciséis páginas de aquel artículo, dediqué catorce a demostrar que Cicerón no fue un auténtico traductor, un verdadero *interpres*, sino un adaptador, a veces genial, de los autores griegos. He aquí el resumen de mis conclusiones:

1. Cicerón sólo menciona al traductor, al *interpres*, para marcar la diferencia entre la manera de verter propia de éste y la suya propia, es decir, la que correspondía a un *orator*.

2. Sólo indirectamente puede deducirse de sus palabras qué entendía por verter como *interpres*: era, sin duda, lo que hoy llamaríamos "traducir literalmente". Le parecía un procedimiento aceptable para verter ciertas obras, pero inadecuado para exponer las doctrinas de los grandes filósofos griegos y para dar a conocer en Roma las piezas más ilustres de la elocuencia ática.

1 Editor y traductor del epistolario de san Jerónimo: *Cartas de San Jerónimo*. Edición bilingüe. Introducción, versión y notas por Daniel Ruiz Bueno, 2 vols. Madrid, 1972, 820 + 874 pp.; lo citado en el vol. I, p. 491.

2 *Cuadernos de Filología Clásica*, Editorial de la Univ. Complutense de Madrid, Vol. XVI, Años 1979-1980, pp. 139-154.

3. Cicerón nunca pretendió dar normas para la actividad de los traductores, ni sabemos que intentase promover un procedimiento intermedio entre su propia actividad refundidora y la traducción palabra por palabra que practicaban los *interpretes*, es decir, los traductores de su tiempo.

Estas conclusiones, sobre todo la última, difieren mucho del juicio expresado por Rolf Kloepfer en su obra *Die Theorie der literarischen Übersetzung*³. Kloepfer considera a Cicerón "el primer adversario de la literalidad primitiva (*Der erste Gegner der primitiven Wörtlichkeit*). Piensa que, hasta el siglo XIX, en parte incluso hasta el XX, Cicerón es para la mayoría de los traductores el "libertador" (*der Befreier*) frente a la presión excesiva de la lengua extranjera, Y concluye que "el tipo de traducción con que sustituyó la 'copia servil' (*Der übersetzungs typus, den er an die Stelle der 'sklavischen Kopie' setzte*) puede llamarse con algún derecho (*mit einigem Recht*) 'traducción libre' (*freie Übersetzung*)". En mi opinión, repito, Cicerón no fue auténtico traductor, sino refundidor o adaptador, y nunca pensó en dar normas a los traductores; se limitó a explicar cómo procedía él al poner en latín las ideas de los griegos.

Pero el "curioso error" al que se refiere el título de mi ponencia no está en la imprecisión con que suelen interpretarse, ya desde san Jerónimo, las citadas palabras de Cicerón. El error verdaderamente *curioso* consiste en que se hayan interpretado y sigan interpretándose con el mismo sentido que les dio san Jerónimo las que Horacio ritmó en los versos 133 s. de su *Arte poética*:

nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres,...

Es "curioso", en el sentido de sorprendente y que excita la curiosidad, el hecho de que san Jerónimo pudiera malinterpretar así las palabras de Horacio. Porque san Jerónimo era gran conocedor de su propia lengua, la misma lengua de Horacio, y había sido ávido frecuentador de los mejores autores latinos. En su epístola más famosa, la que dirigió a la joven Eustoquia sobre la conservación de la virginidad (*De virginitate servanda*) y que constituye un verdadero ensayo o pequeño tratado formado por cuarenta y un párrafos, dedica el que hace el número treinta a contar cómo y por qué abandonó tales lecturas.

"Hace ya muchos años (*ante annos plurimos*) -comienza diciendo-, había yo renunciado, para ganar el cielo, a mi casa, a mis padres, a mi hermana, a los parientes y, lo que es aún más difícil, a la costumbre de una comida opípara, y me dirigía a Jerusalén para abrazar la milicia; pero no podía prescindir de la biblioteca que con gran diligencia y trabajo me

3 W. Fink Verlag, München, 1967, p. 22.

había acopiado en Roma. Así, pues, ayunaba para leer a Tulio. Después de frecuentes vigiliias nocturnas, después de las lágrimas que me arrancaba de lo más hondo de las entrañas el recuerdo de mis pecados, tomaba a Plauto en las manos. Si alguna vez, vuelto en mí, comenzaba a leer un profeta, me repelía su inculto estilo, y, al no ver la luz por mi ceguera, pensaba que no era de mis ojos, sino del sol, ¡a culpa".

Vemos aquí el espíritu de Jerónimo escindido entre dos anhelos: el ansia de santidad, que lo había movido a renunciar a la familia y a los placeres de una vida regalada, y el amor, la pasión por la lectura de los clásicos latinos, cuyos primores estilísticos le hacían aborrecer el bárbaro lenguaje de los profetas.

En esta situación, se enfrenta, al fin, con una terrible crisis. A mitad de la cuaresma, debilitado en extremo por el ayuno voluntario sumado al forzoso que venía arrastrando, cae Jerónimo enfermo, presa de una fiebre que se le metió en los tuétanos y lo debilitó tanto que ya su muerte se daba por segura. Mas, de pronto, se siente arrebatado en espíritu hasta el tribunal del Juez Supremo. Deslumbrado por el fulgor de los asistentes al juicio, cae al suelo Jerónimo, sin atreverse a levantar la vista. Interrogado por su condición, responde que es cristiano. "Mientes", le contesta el Juez. "Ciceroniano eres; no cristiano. Donde está tu tesoro, allí está tu corazón".

Enmudece lleno de confusión el reo. Ordena el Juez que lo azoten, y Jerónimo, más atormentado por el fuego de su conciencia que por los golpes, comienza a gritar y a pedir entre gemidos: "*Ten compasión de mí, Señor; ten compasión de mí*". Los circunstantes unen sus súplicas a las de Jerónimo, rogando que se perdone su juvenil extravío y se le permita hacer penitencia, con la seguridad de muy duro castigo si vuelve a leer los libros de los escritores gentiles. Jerónimo, que en tan cruel situación estaba dispuesto a hacer promesas incluso mayores, comenzó a jurar diciendo: "Señor, si alguna vez tengo libros profanos, si los leo, te habré negado".

Liberado ante tal juramento -concluye Jerónimo- vuelvo a la vida. Y testigo es el tribunal ante el que estuve postrado: desde entonces he leído los libros divinos con tanto afán como no había leído ante los mortales (*tanto dehinc studio divina legissem quanto mortalia ante non legeram*).

La fecha probable de esta epístola a Eustoquia es el año 384. Tendría entonces Jerónimo algo más de 40 años. Si la crisis, en el sentido etimológico de "juicio" y en el de cambio profundo, tuvo lugar muchos años antes (*ante plurimos annos*; en el relato se alude a la adolescencia o primera juventud del reo: *qui adstiterant precabantur ut veniam tribueret adolescentiae*), hemos de suponer que no tendría éste más de 25 años. Habrían pasado al menos 15 entre la crisis y la fecha de la epístola a Eustoquia. La dirigida a Pamaquio sobre la mejor manera de traducir, que

es donde Jerónimo invoca la autoridad de Horacio en favor de la traducción libre, no es anterior al año 394. Luego para entonces llevaría ya al menos 25 años sin leer autores latinos profanos.

Pero ¿cómo es posible que 25 años después de haber leído el *De optimo genere oratorum* de Cicerón pudiera recordar exactísimamente los dos pasajes de esta obra que cita en el parágrafo 5 de la carta a Pamaquio, de *sesenta y nueve* palabras el primero, de *sesenta y siete* el segundo; en total *ciento treinta y seis* palabras, citadas una tras otra, en el mismo orden en que se hallan en el texto tuliano? Sería un portento de memoria, un verdadero milagro.

Parece seguro que Jerónimo, al hacer estas citas, tuvo delante el texto de Cicerón. ¿Quebrantaba con ello el juramento, hecho 25 años antes, de no tener ni leer libros profanos (*Domine, si unquam habuero codices saeculares, si legero, te negavi*)? No necesariamente. Jerónimo podía tener, no como propio, pero sí entre los libros de su pequeño monasterio, el *De optimo genere oratorum* de Cicerón, sin quebrantar por ello el juramento de no volver a *tener*, es decir, a *poseer*, libros de autores profanos. Podía también, en caso necesario, consultar algún pasaje de tales libros, sin por ello romper el voto de no volver a leerlos como los leía antes de la crisis, es decir, entregándose al placer de su lectura.

Lo mismo podemos pensar en lo relativo a Horacio, a Terencio, a Plauto, a Cecilio, citados seguidamente. La cita de Horacio ni siquiera supone una lectura reciente de su *Ars poetica*; quizá sí la de las palabras citadas:

nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres.

Aunque, para citar estas palabras, tampoco era necesario releerlas. Sin duda podía Jerónimo, para quien la traducción fue ocupación de muchos años, tarea casi vital, haber grabado en la memoria, olvidado el contexto, el verso horaciano, convertido para él en una especie de lema. No es difícil recordar un hexámetro latino 25 años después de haberlo aprendido. Yo mismo recuerdo alguno que aprendí hace más de cincuenta:

Sicelides Musae, paulo maiora canamus; non omnes
arbusta invant humilesque miricae...

O aquel ejemplo insuperable de eficacia imitativa:

quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum,

O algunos otros que no necesitaría releer para reproducirlos exactamente. Y el latín no es ni lengua, ni mi memoria es excepcional. Si un verso se repite mentalmente con relativa frecuencia, puede recordarse con exactitud durante toda la vida. Nos pasa a todos, por ejemplo, con canciones aprendidas en la infancia.

No es, pues, inconcebible que Jerónimo recordara perfectamente las palabras de Horacio sin haberlas releído desde hacía muchos años. No deja de extrañarnos, es cierto, que entienda la expresión *fidus interpres* como un vocativo; como si Horacio dijese: "Fiel traductor, no procurarás verter palabra por palabra". El vocativo sería *fide*. Pero Horacio usa aquí el nominativo, que en este pasaje tiene valor casi predicativo:

No procurarás reproducir palabra por palabra
[convirtiéndote así en] fiel traductor.

Esto resulta evidente para quien considere el contexto en que se encuadra el pasaje citado. Son los versos 128-132:

Difficile est proprie communia dicere; tuque
rectius Iliacum carmen deducis in actus
quam si proferres ignota indictaque primus.
Publica materies privati iuris erit, si
non circa vilem patulumque moraberis orbem,
nec verbo verbum curabis reddere fidus
interpres,...

Traduzco:

Difícil es decir de modo personal cosas comunes; y tú puedes convertir en obra de teatro un canto de la *Ilíada* mejor que si manifestases el primero cosas desconocidas y nunca dichas. La materia pública será de propiedad privada si no permaneces en un círculo bajo y manido, ni procuras reproducir palabra por palabra como fiel traductor.

Al escribir estos versos, Horacio no da consejos a traductores, sino a jóvenes poetas: no deben éstos buscar a toda costa la originalidad en lo que dicen, sino en la manera de decirlo. No es fácil tratar con novedad temas comunes; pero quizá tú, joven poeta, puedes escenificar un canto de la *Ilíada* con más acierto que si presentaras argumentos desconocidos, nunca tratados antes por nadie. La materia pública pasará a ser tuya si no te quedas en un círculo bajo y trillado, y *no tratas de reproducir el argumento palabra por palabra como fiel intérprete*.

Horacio sólo se refiere al "intérprete" o traductor como término de comparación: cuando el poeta se decide a tratar un tema conocido, no debe hacerlo con las mismas palabras de su fuente; si así lo hiciera, obraría como "fiel intérprete", como fiel traductor. Horacio no dice aquí cómo debe proceder el *interpres*. Puestos a escudriñar el pensamiento horaciano y a indagar en él una norma para el traductor, más que un elogio de la traducción libre, podríamos ver la idea de que el traductor, para ser *fidus*, "fiel", debe traducir *verbo verbum*, "palabra por palabra". Pero esto sería buscarle cinco pies al gato.

Lo que convierte en "curioso" este error de san Jerónimo no es el hecho de que él lo haya cometido. Dudo que algún traductor, por bueno que sea, no se haya equivocado nunca. El mismo Jerónimo, que era un traductor excelente, cometió otros errores que no se nos ocurriría calificar de "curiosos". Se equivocó, por ejemplo, al traducir el versículo 9 del capítulo primero del Evangelio según san Juan:

ἦν τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν, ὃ φωτίζει πάντα ἄνθρωπον
ἐρχόμενον εἰς τὸν κόσμον

Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem
in hunc mundum.

La traducción jeronimiana daría en español:

Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que
viene a este mundo.

El participio griego ἐρχόμενον gramaticalmente, puede ser acusativo masculino singular y concertar con ἄνθρωπον (y así lo entendió san Jerónimo); pero también puede ser nominativo neutro singular y concertar con φῶς. Entendido así, no puede traducirse por *venientem*, "que viene", referido a "hombre", sino por *veniens*, que daría aquí, en español, "viniendo": "Era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre". El error de san Jerónimo no fue gramatical, sino semántico: la frase ἐρχόμενον εἰς τὸν κόσμον, si se entiende ἐρχόμενον como acusativo masculino y se traduce por "*venientem in hunc mundum*", es una redundancia, porque todo hombre viene a este mundo; significaría lo mismo "ilumina a todo hombre" que "ilumina a todo hombre que viene a este mundo". En cambio, "*veniens in hunc mundum*", referido a τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν, a la *lux vera*, añade el dato importantísimo de que la luz verdadera ha venido a este mundo.

Lo que convierte en "curioso" el error de san Jerónimo al interpretar las citadas palabras de Horacio no es que él lo cometiera, sino que tras él lo hayan cometido y lo sigan cometiendo tantos.

San Jerónimo fue sin duda el primero que atribuyó a las palabras de Horacio el sentido erróneo que luego se les ha venido dando hasta nuestros días.

El primer ejemplo de seguidor acrítico que conozco es el del humanista italiano Colluccio Salutati, que, en una carta dirigida en 1392 a Antonio Loschi sobre una traducción de la *Ilíada* que éste debía rehacer y mejorar, le aconseja que no atienda a las palabras, sino a su contenido (*res velim, non verba consideres*), y apoya este consejo en la autoridad

del venusino: "non enim verbo verbum, sicut inquit Flaccus, curabis reddere fidus interpres"⁴.

Rolf Klopfer, en su citada obra⁵, menciona una especie de teoría de la literalidad radical (*der radikalen W"rtlichkeit*) desarrollada a mediados del siglo XV por el humanista alemán Niklas von Wyle, quien, "como casi todos los que antes y después de él se han manifestado acerca de la traducción, toma como punto de partida, aunque para aconsejar lo contrario, el pasaje horaciano". Traduzco las palabras de von Wyle citadas por Klopfer: "Horacio Flaco en su antigua poética escribe que un fiel intérprete y trasladador no debe preocuparse de comparar cada palabra con otra palabra, sino que es bastante que un sentido completo sea comparado con un sentido completo [...]".

Por los mismos años en que escribía Niklas von Wyle, manifestaba su adhesión a la falsa interpretación de Horacio nuestro Príncipe de Viana en un pasaje del Prólogo a su traducción de la *Ética de Aristóteles*, basada en la traducción latina que había hecho Leonardo Bruni. Confiesa allí el Príncipe seguir la enseñanza de san Jerónimo "en la epístola del muy buen estilo de interpretar [...]." Y apoya esta doctrina con el ejemplo de Tulio "en los traslados que fizo del *Protágoras* de Platón e de la *Economía* de Jenofonte [...]. Item Terencio, Plauto e Cecilio e Horacio en su poesía [es decir, en su poética]. A los quales siguiendo, quise así mi presente traducción fazer"⁶.

En 1611 decía Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, s. v. *traducción*, que ésta se debe hacer "con primor y prudencia, sabiendo igualmente las dos lenguas y trasladando, en algunas partes, no conforme a la letra, pero según el sentido [...]. Esto advirtió Horacio en su *Arte poética* diciendo: Nec verbum verbo curabis reddere fidus Interpres".

En 1633 publicó Don Jusepe Antonio González de Salas su *Nueva idea de la tragedia antigua, o ilustración al libro de la Poética de Aristóteles*. Allí, en las "Observaciones a la Tragedia de las Troyanas", dice: "Emprendí io pues el hacer Española esta Tragedia [...] Volvila [...] como el grande Maestro Horacio enseña en su Poética, que se haian de trasladar las Tragedias, pues de ellas principalmente se ha de entender

4 Cit. por Gianfranco Folena, «"Volgarizzare" e "tradurre": Idea e terminologia della traduzione dal Medio Evo Italiano e romanzo all'umanesimo europeo», en *La Traduzione. Saggi e Studi*, Trieste, 1973, p. 94.

5 P. 20 y ss.

6 Cit. por M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de Traductores Españoles*, Madrid, 1973, vol. IV, p. 354.

aquel repetido precepto: "No que una palabra responda rigurosamente a otra palabra..."⁷.

Tres años más tarde, en 1636, escribió aquel monstruo de fecundidad traductora, Vicente Mariner: "Esto que es vertir al pie de la letra, lo reprueba Horacio y todos los doctos"⁸.

Pierre Daniel Huet, en su obra *De Interpretatione libri Duo: Quorum Primus est De Optimo Genere Interpretandi; Alter De Claris Interpretibus*⁹ afirma que la interpretación jeronimiana del pasaje de Horacio fue aceptada *ab eruditissimis hominibus Bonamico, Luisin Parrhasio et Badio* (p. 54).

En mi citado artículo "¿Cicerón y Horacio preceptistas de la traducción?" (p. 153, n. 6) hice una breve lista de autores que recientemente habían seguido la interpretación jeronimiana; entre otros: B. Q. Morgan, "Bibliography: 46 B.C.-1958", en R. A. Brower ed., *On Translation*, Boston, 1959, repr. New York, 1966, p. 274; F. Güttinger, *Zielsprache. Theorie und Technik des Übersetzens*, Zürich, 1963, p. 64; G. Folena, artículo cit., en *La traduzione. Saggi e Studi*, p. 63; W. Wills, *Übersetzungswissenschaft Probleme und Methoden*, Stuttgart, 1977, p. 30, y Luis Alonso Schökel, *La traducción bíblica: lingüística y estilística*, Madrid, 1977, p. 408. Th. S. Savory pone el pasaje horaciano como lema en la portada de su libro *The Art of Translation*, London, 1957.

Después de publicar aquel artículo, sin hacer averiguaciones especiales, he hallado la misma interpretación errónea del verso de Horacio en otros autores.

G. Mounin, *Les problèmes théoriques de la traduction*, 1963; trad. esp., Madrid, 1971, p. 27; *Linguistique et traduction*, Bruxelles, 1976, p. 78, y artículo "La Traduction", en el *Grand Larousse de la Langue Française*, p. 6167, col. 1^a.

W. Sdun, *Probleme und Theorien des Übersetzens vom 18. bis zum 20. Jahrhundert*, München, 1967, p. 17, atribuye a toda una corriente del humanismo alemán el intento de convertir la traducción en paráfrasis o interpretación alegórica apoyándose en la sentencia de Horacio: *Nec verbo verbum curabis reddere/ interpretes*. Sdun omite, quizá por errata, una palabra clave del verso horaciano: *fidus*. Sin este adjetivo en nominativo, podría entenderse *interpretes* como vocativo, lo cual atenuaría, aunque no justificaría, el error de san Jerónimo y de sus seguidores.

7 Debo este dato a la utilísima *Teoría y Crítica de la Traducción: Antología*, compilada por Julio-César Santoyo. Barcelona, 1987, pp. 81-82.

8 Cit. por Enriqueta de Andrés, *Helenistas españoles del siglo XVII*, Madrid, 1988, p. 294.

9 Parisiis, Apud Sebastianium Cramoisy, Regis et Reginae Architypographum, viâ Iacobaeâ, Sub Ciconiis, M.DC.LXI.

Jiri Lev, *Die Literarische Übersetzung*, Frankfurt am Main-Bonn, 1969, p. 14, considera a Horacio, Cicerón y Quintiliano los iniciadores de la teoría de la traducción.

George Steiner, *After Babel*, London, 1975, p. 236, sitúa el inicio de la teoría de la traducción en "el famoso precepto ciceroniano de no traducir *verbum pro verbo* [...] y en la "Horace's reiteration of this formula in the *Ars poetica* some twenty years later". Y no se limita a aceptar la falsa interpretación de Horacio, sino que parece atribuir (p. 263) el mismo error a Etienne Dolet, que no lo cometió.

Gerd Wotjak, en *Aspectos fundamentales de teoría de la traducción* (obra de varios autores), La Habana, 1981, p. 48, afirma que "Quintiliano, Cicerón, Horacio, Plinio el Joven y muchos otros se dedicaron a traducir y meditaron sobre los problemas de la traducción". Y añade seguidamente: "También [...] Jerónimo (340-420) se opuso a la traducción palabra por palabra". Este "también" implica que Horacio fue uno de los escritores latinos que se opusieron a la traducción palabra por palabra.

Mildred L. Larson, *Meaning-based Translation*, University Press of America, 1984, p. 22, dice: "Hora stated that a faithful translator will not translate word-for-word".

En Hans J. Niederehe, *Alfonso X el Sabio y la lingüística de su tiempo*, Madrid, 1987, p. 200, puede leerse: "...el método romano de la traducción libre, que Horacio (*Ars poetica*, 133) calificó con las palabras: *nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres*".

He mencionado casi dos docenas de autores que ha escrito sobre traducción y han aceptado la errada interpretación jeronimiana del pasaje de Horacio. Estoy seguro de que una indagación más extensa ampliaría considerablemente la lista.

Hace ya quince años, al comentar el libro de Luis Alonso Schökel en que se admite tal interpretación, escribí: "Este famoso pasaje es ejemplo de dos cosas: de cómo un texto sin contexto puede interpretarse erróneamente, y cómo afirmaciones equivocadas se aceptan y se transmiten sin crítica"¹⁰.

No es raro hallar en obras impresas, incluso en libros famosos, errores garrafales sobre la historia de la traducción. Hace pocos días me prestó un amigo la edición anotada del *Fray Gerundio de Campazas*, del célebre leonés P. José Francisco de Isla con introducción y notas de Russell P. Sebold. A mi amigo le había interesado mucho el capítulo VIII del libro IV, en la Segunda Parte, donde se habla con alguna extensión de "los malos traductores, de que por nuestros pecados hay tanta epidemia en estos desgraciados tiempos" (en los tiempos del P. Isla, y también en los

10 "Traducciones bíblicas y traducción literaria", *Arbor*, 385, enero de 1978, p. 106. Incluido en mi libro *En torno a la traducción*, pp. 227-236.

nuestros). Pensaba que también a mí me interesaría leer o releer aquel capítulo.

El P. Isla estaba bastante familiarizado con la traducción. Antes de escribir su *Fray Gerundio*, había traducido del francés varias obras: *El héroe español. Historia del emperador Teodosio*, de Fléchier, y el *Compendio de Historia de España*, del P. Duchesne. Es también suya, y famosa, la traducción del *Año Cristiano*, del P. Croiset, y la del *Gil Blas*, de Lesage, en seis volúmenes, muy leída en su tiempo. Pues bien, nuestro admirado P. Isla dice sin pestañear, en el mencionado capítulo de *Fray Gerundio*, que "Cicerón, Quintiliano y el mismo Julio César enriquecieron la lengua latina con la traducción de excelentes obras griegas"¹¹, y que "Santo Tomás tradujo en latín los libros políticos de Aristóteles, y no le granjeó menos concepto esta bella traducción que su incomparable *Summa Theologica*"¹². Y no hay en la edición de Sebold ninguna nota que advierta al lector el cúmulo de errores de carácter histórico contenidos en este pasaje.

De las "traducciones" de Cicerón he dicho ya algo. De Quintiliano y de César no conozco ninguna. Pero tanto ellos como Cicerón sabían muy bien el griego. Santo Tomás, en cambio -achaque común en su tiempo-, lo desconocía por completo. Si pudo leer a Aristóteles, fue en las traducciones que hizo, a petición suya, su cohermano y amigo Guillermo de Moerbeke, que había residido algún tiempo en Grecia, y fue luego arzobispo de Corinto.

No tienen justificación posible estos errores del P. Isla. Pero son más explicables que el cometido con relación a Horacio por teóricos de la traducción tan famosos como los antes nombrados.

Durante algún tiempo creí haber sido el primero que se había dado cuenta de este curioso error de san Jerónimo, incomprensiblemente aceptado por hombres que sin duda sabían latín. Hasta que, a principios de 1979, conseguí una fotocopia de la obra de Pierre Daniel Huet antes citada. En la página 62 advierte Huet que la interpretación del pasaje horaciano la habían discutido ya otros antes que él: "[...] Horatii loco, de quo non nunc primum inter Grammaticos habita est concertatio". Y explica muy bien cómo pudo producirse la equivocación de san Jerónimo. (Y aquí me permito expresar una vez más mi extrañeza de que esta obra de Huet permanezca tan desconocida. No comprendo cómo los franceses, tan eficaces difundidores de lo suyo, no la han traducido. Alguna vez he pensado que esto puede tener dos causas: que la obra está escrita en latín, y que su autor era obispo. Actualmente, ni el latín ni los obispos

11 P. 159 de la ed. de Sebold.

12 *Ibid.*

están de moda. Si yo tuviera tiempo, traduciría al español esta obra de Huet. El segundo libro *De Claris Interpretibus*; es decir, "Sobre traductores ilustres", es una aportación espléndida al tema general de este Congreso: la historia de la traducción.)

Pierre Daniel Huet, que se llamaba en latín Petrus Danielis Huetius, sólo menciona por su nombre, entre los que antes que él habían rechazado la interpretación jeronimiana del pasaje de Horacio, a Henricus Stephanus (p. 63), o sea Henri Estienne, que vivió de 1531 a 1598. Dudo que conociera los comentarios que, hacia 1603, es decir, casi sesenta años antes de publicar él la primera edición de su obra, antepuso Gregorio Morillo a la traducción de *La Tebaida* de Estacio comenzada por Juan de Arjona y terminada por el propio Morillo. Debo el conocimiento de estos comentarios a la diligencia de Julio-César Santoyo, que los ha incluido en su *Teoría y Crítica de la Traducción: Antología*, en cuya página 73 puede leerse: "Algunos romancistas dicen que Horacio dio más anchura a este camino [de la traducción], y que el intérprete no está obligado palabra por palabra, tomando aquel verso del arte poética: *Nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres*. Y engañanse, que antes Horacio estrecha más esta ley, y aquel verso trae dependencia desde arriba, *Publica materies privati juris*, etc., donde dice que el que de un argumento de historia muy sabida y común, que otro haya escrito, quisiese escribir y hacer suyo el trabajo, que no lo traduzca palabra por palabra (como debiera hacer un fiel intérprete), sino que aquello de que se aprovechar lo varíe por modos diferentes, de suerte que lo pueda publicar por suyo...".

Por los mismos años, el helenista Baltasar de Céspedes (murió en 1615) escribió en su *Discurso de las letras humanas*: "y más creçe esta dificultad de traducir por estar obligado el traductor a seguir la lengua del author palabra por palabra, según enseña Horacio en la Poética diciendo: *Nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres*. La qual sentencia la entienden ordinariamente al revés y quieren hacer decir a Horacio que el fiel intérprete no ha de traducir palabra por palabra, y en este viçio caen ordinariamente los que toman las sentençias de los authores sacadas por otros y se fían de alegaciones ajenas no leyendo ni estudiando los authores en sus libros enteros"¹³. También Céspedes aplica a la traducción la sentencia horaciana, pero en sentido contrario al que le dio san Jerónimo. Creo que esto, como ya dije, es exprimir demasiado las palabras de Horacio. Acierta, en cambio, plenamente Céspedes al señalar el riesgo de tomar las sentencias de los autores no de sus propios textos, sino de los de otros fiándose de alegaciones ajenas, sin leer ni estudiar "los authores en sus libros enteros".

13 Cit. por Enriqueta de Andrés, *ob. cit.*, p. 210.

No quisiera terminar dejando que alguno de mis oyentes pueda pensar que atribuyo a este error de San Jerónimo importancia suficiente para aminorar su prestigio como traductor y como teórico de la traducción. Quizá resulte demasiado categórica la afirmación de Quevedo: "Digo, pues, que san Hierónimo no sólo es mejor traductor que todos por ser más docto en la lengua hebrea, sino porque en una palabra traduce, ordena, enmienda y declara"¹⁴. Pero suscribiría, sin dudarle un momento, los bellos hexámetros latinos que san Isidoro escribió sobre uno de los estantes de su librería:

Hieronymus, interpres variis doctissime linguis,
Te Bethlem celebrat, te totus personat orbis¹⁵.

Traduzco:

Jerónimo, traductor doctísimo de varias lenguas, Te
celebra Belén, resuena tu nombre por el orbe
entero.

Por otra parte, su epístola 57, *Ad Pammachium de optimo genere interpretandi* (A Pamaquio sobre la mejor manera de traducir), a la que se ha llamado *Ars poetica* de la traducción, sigue siendo, que yo sepa, el primer documento, el primer conjunto de enseñanzas escrito en el mundo occidental sobre cómo debe proceder un traductor. No digo que no haya sido superado, ni siquiera que todas sus afirmaciones sean indiscutibles. Pero nadie podrá negarle el mérito de la prioridad temporal. Su autor ocupará siempre un puesto de honor entre los traductores y entre los teóricos de la traducción.

¹⁴ *Lágrimas de Hieremías castellanas*, ed. W. Wilson y José Manuel Blecua, Madrid, 1953, p. 96.

¹⁵ *Cartas de San Jerónimo*, ed. cit., p. 21.